

poesía de los Alpes y sus tempestades»; mas para los Arios emigrados en la India, esos Alpes no eran ya el Elvend ni el Demavend, eran el Himalaya, y las palabras dirigidas a unas formas diferentes debían tomar un sentido nuevo. Para los ribereños de los «Siete ríos» los Alpes se elevaban con toda su enorme altura sobre una llanura baja, y no tenían en su base, como en el Irán, un ancho zócalo de mesetas: se les veía dos y tres veces más elevados, y ceñidos en bandas sucesivas de sus cultivos, de sus flores diversas, de sus hielos y de sus nieves. Contemplando esos paisajes grandiosos y nuevos para ellos, los emigrantes arios, que llevaban consigo sus leyendas y sus himnos, habían de adaptarlos del mejor modo posible a las condiciones cambiadas. Las montañas sagradas, los paraísos se mostraban bajo otros aspectos y era necesario describirlos en otros términos.

El monte más cantado de la historia poética y religiosa de la India es el monte Meru, cúpula o pico central, que se ha visto ciertamente, según las residencias de sus adoradores, en diversas partes de la arista himalaya, pero que las descripciones posteriores a los Vedas colocan fuera del Himalaya de los geógrafos e identifican con una cima de la cadena del Gang-dis-ri, invisible desde la llanura hindu<sup>1</sup>. Aunque sepamos hoy que es muy inferior a muchos de sus vecinos, era considerado a la vez como el punto culminante de la Tierra y como el punto central del cielo visible. De ahí le vino su nombre de Kailas, que pertenece al mismo radical que el griego *koilon* y el latín *cælum*. Los dos mundos, el de arriba y el de abajo, se confundían en ese pistilo primitivo y daban nacimiento por su unión al producto por excelencia, es decir, a la tierra de la India, el Djambu, el «Árbol de Vida». Sobre los cuatro contrafuertes del monte, donde se imaginaba la existencia de un paraíso porque era inaccesible, crecían también árboles maravillosos, los «Árboles de los deseos», correspondiente al «Árbol del bien y del mal» que se elevaba en el Edén de los Caldeos y de los Hebreos. Un manantial supremo, el Ganga celeste, que descendía del cielo y especialmente de la mansión de los «Siete Sa-

<sup>1</sup> Véase el Meru en el mapa n.º 242, p. 161.

bios» o Richi de la Osa Mayor, describe siete veces la vuelta del monte Meru para alimentar cuatro lagos de donde se esparcen los cuatro ríos terrestres: por este



Museo Guimet.

SARASVATI O VATCH

Cl. Giraudon.

Hija y esposa de Brahma, diosa de la palabra, de la ciencia y personificación del río del mismo nombre.

último detalle el mito hindu repite una vez más el mito caldeo<sup>1</sup>, pero la imaginación oriental añade todo su lujo al cuadro.

<sup>1</sup> Burnouf, A. de Rémusat, Lassen, Wilford, etc.

Las cuatro fases del Meru de donde brotan los manantiales, consisten en materias diferentes: la primera es de oro, la segunda de plata, la tercera de rubíes, la cuarta de piedra azulada. Lo que equivale a decir: la luz, reflejándose sobre las altas nieves, los hielos y las rocas chispeantes, sea al amanecer, al sol del mediodía o al crepúsculo, juega y se combina allí en colores y en matices maravillosos, más bellos que las gemas y los metales. Sobre los flancos del Kailas, los peregrinos designan las grutas de donde salen saltando los cuatro animales míticos, el león, el caballo, la vaca y el elefante, — otros dicen el pavo real. Esos cuatro animales son los símbolos de los cuatro ríos, el Satledj, el Indo, el Ganga y el Tsang-bo, divergentes, que se dirigen hacia los cuatro puntos del espacio. Por lo demás, la leyenda se ha modificado frecuentemente desde que el Ramayana citó por primera vez el nombre de la divina montaña Meru. Cuando la sociedad hindu se hubo momificado en la estrechez de las castas inviolables, quiso verse en los cuatro animales y en las cuatro fuentes de colores y licores diferentes los arquetipos de las cuatro castas, según el orden de procedencia<sup>1</sup>.

La leyenda del paraíso y los ríos divergentes no fué la única importancia caldea; la tradición del diluvio se presentó también en el país de los Brahmanes bajo una forma que no es originaria de la comarca de los «Siete ríos» y que indica una procedencia mesopotámica. Hubo indudablemente adaptación, aunque los ríos de la península gangética tuvieran a su vez sus inundaciones diluviales y que, en consecuencia, se haya podido injertar sobre recuerdos locales la historia introducida del exterior. Manu, el personaje hindu, es, como el Chasi-Adra caldeo, advertido del cataclismo que va a producirse; también se construye un barco en el que cuida de poner semillas de todas las especies; después, cuando empiezan a bajar las aguas, se detiene igualmente sobre la cima de una montaña, la más alta de la comarca; en este país es un gran pico del Himalaya; en tanto que entre los ribereños del Eufrates y el Tigris, el punto de parada fué uno de los picos superiores de los montes Carducos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> F. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, p. 20.

<sup>2</sup> Burnouf; R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. por O. de Meulenaere, ps. 217 y sig.

Aunque la leyenda sea de importancia extranjera, no podía nacionalizarse sino acomodándose a la mitología y a la geografía locales.

Los documentos se aglomeran cada vez más para establecer con evidencia indiscutible que la civilización hindu fué influída en una proporción notable por la de Mesopotamia, no indirectamente, como ocurre entre naciones alejadas cuyas relaciones mutuas se producen por contacto individual a través de una sucesión de intermediarios, sino de manera directa por los mismos representantes de las poblaciones caldeas. No hay documento explícito legado por los antiguos que atestigüe este hecho, pero no por eso deja de ser indudable, apoyado como está por el conjunto de la historia. Una primera prueba surge de la división de los meses y del año en fases de la luna, semanas o duración de siete días que han conservado sus nombres babilónicos. Esta coincidencia es tal que no puede verse en ello el efecto

de la casualidad: hay que admitir, pues, que los marinos y los comerciantes procedentes de las bocas del Eufrates fueron bastante numerosos e influyentes para imponer su división del tiempo a los indígenas con quienes estaban en relación, y también de la misma



Museo Guimet. Cl. Girardon.

#### INDRA

Antiguo dios védico del cielo y de la atmósfera; como también dios guerrero protector de los Arios.

manera les enseñaron para las necesidades del comercio el uso de la moneda con sus múltiplos del sistema duodecimal: acerca de este pueblo debió de haber cierta lucha, puesto que los Arios contaban por docenas. Así también respecto del lenguaje hubo conflicto y después cambio. Los términos pasaron de uno a otro idioma modificándose según los respectivos modos de hablar: las palabras que designan el toro, el león, el cuerno, el oro y la vid en la lengua aria primitiva parecen ser de origen semítico, es decir, babilónico; mientras que el pavo real, el mono, el elefante, la madera de sándalo y la canela tienen en semítico nombres de origen hindu<sup>1</sup>.

El estilo arquitectónico de los Hindus concuerda también en sus rasgos primitivos con el de los Babilonios: los más antiguos templos de la India septentrional son pirámides con pisos, que sólo difieren por su coronamiento de las montañas artificiales de la Mesopotamia, y esta semejanza, que no se encuentra en igual grado entre los monumentos de las llanuras de Irania y los de las de Caldea, ha de explicarse también por relaciones de navegación comercial entre los puertos del golfo Pérsico y los de las costas índicas. Comparado el camino de tierra, tan difícil de seguir en las regiones desiertas y en los territorios montañosos, con el camino de mar que podían tomar fácilmente ingenieros y albañiles, con sus herramientas e instrumentos, sus planos y sus materias primeras, es evidentemente el que mejor se prestaba al transporte de los procedimientos de arte y de construcción. La vía histórica por la cual se hizo la unión entre el mundo babilónico y el de la India es el camino de agua que une las bocas del Eufrates a las del Indo.

Pero cuando los transmisores de los cantos védicos descendieron a la llanura de los Siete Ríos, en una época de treinta y seis o treinta y siete siglos anterior a la nuestra, no conocían todavía las vías comerciales que unían el mar Pérsico al del Indo; hasta ignoraban el curso inferior del río a cuyas márgenes acampaban. Y, no obstante, ellos también cantaban el mar y los combates de los marinos contra la violencia de las olas. Los himnos del Rig-Veda hablan con frecuencia de la *samudra*, en memoria del mar Caspio, cuyas riberas habían habitado sus antepasados. Verdad es que durante el

<sup>1</sup> Fritz Hommel, Von Ihering, etc.



HIGUERA BANIAN EN LA INDIA

De una fotografía

largo tiempo empleado por las generaciones sucesivas de emigrantes en su viaje de Ircania hacia la India, los Arios orientales, por haber perdido el mar de vista, no podían ya formarse de él ninguna idea real, y le confundían en sus nuevos cantos con el «mar» de las nubes, agitado por la tempestad; sin embargo, los himnos antiguos, transmitidos de padres a hijos, son demasiado explícitos para que su sentido preciso pueda ser dudoso. En esos venerables documentos, con una antigüedad de más de cuarenta siglos, se trata indudablemente de la samudra caspia, destinada, en la imaginación de los Hindus, a ser reemplazada por el mar mucho más extenso que se extiende al Sud para ir a unirse en los grandes recipientes oceánicos.

Cuando el sabio Colebrooke, iniciado por los brahmanes al principio del siglo XIX, hubo revelado al mundo la existencia de esos himnos del Rig-Veda, cuyos primeros elementos remontan quizá a cuatro o cinco mil años, todos los que se ocupan de los orígenes de la humanidad experimentaron grandísima sorpresa. Considerándose dichosos por haber hallado unos poemas de tan alta antigüedad, indudablemente los monumentos más venerables por la edad de nuestras lenguas arias, se entregaron fácilmente a un vértigo de admiración, justificado además por las grandiosas imágenes de algunos de esos poemas. A ese primer sentimiento se unió, sobre todo entre los eruditos alemanes, una especie de reivindicación patriótica. Parecía que querían monopolizar el genio ario, al cual uno de los suyos<sup>1</sup> había dado el nombre de «indo-germánico» y, complaciéndose en descubrir en los Vedas todo lo que atribuían de grande a su propio tronco étnico, no distaban mucho de ver en esos viejos cantos obras casi sagradas, «escrituras santas», como todavía lo son para los brahmanes. Es cierto que el Rig-Veda es uno de los tesoros más preciosos de la historia humana; sin embargo, conviene juzgarle y estudiar su verdadero sentido fuera de todo espíritu de raza y de nación.

Para los comentadores actuales es evidente que esa recopilación presenta un doble carácter: por su parte más antigua, transmi-

<sup>1</sup> Fried Schlegel, Franz Bopp, Jakob Grimm? Término popularizado por Aug. Schleicher, *Compendium der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, 1861.